



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

CARLOS OSSORIO GALLARDO



Trabajador, activo, acostumbrado á la ruda labor del periodista. Ossorio ha demostrado tener sobrado ingenio y buena vista.

SUMARIO

TEXTO: De todo en poco, por Luis Taboada.—Voto con Guillermo, por Eduardo Bustillo.—La tumba fresca, por Juan Pérez Zúñiga.—Cosmología, por Antonio Peña y Goñi.—Pensamientos, por Constantino Gil.—Recetas, por Fernando Manzano.—Casi novela, por Alejandro Larrañeta.—Epigramas, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Agencias.

GRABADOS: Carlos Ossorio y Gallardo.—Una idea feliz.—Agencias, por Gila.



Poco á poco van desapareciendo ciertas preocupaciones:

Antes estaba muy difundida la creencia de que todos los cómicos eran unos bribonazos, sin pizca de religión ni de moral, y ahora nos hemos convencido de que los hay buenos como arcángeles.

Yo conozco uno que paga religiosamente sus obligaciones y no bebe vino, y cuida de la familia hasta el punto de afeitarse á su suegro todos los martes. El otro día fuimos á verle y le encontramos dándole unos pediluvios á su cuñada.

—¡Después dicen que la gente del teatro tiene malas costumbres!—exclamó al verme.—Yo soy esclavo de la familia y á todos mis hijos los he criado yo con sopas de ajo, porque mi señora no puede nutrirlos por sí misma. La pobre está muy delicada.

—¿Y también los lava usted?

—Sí, señor; primero los humedezco y después los froto con una gamuza, que es como quedan mejor.

Hay que desengañarse: los tiempos han cambiado y ya no se ven aquellos primeros actores de provincia que andaban por ahí bebiendo copas y echándose las de perdidos.

Antes para ser artista era necesario dejarse crecer el pelo y oler á aguardiente y no peinarse nunca y saber tocar la guitarra. Ahora los actores se visten con aseó y fuman en boquilla y duermen con calzoncillos y se perfuman el pañuelo de las narices.

Á los saloncillos de los teatros acude gente muy distinguida y honesta, y allí se habla de arte, de política, de toros, de comercio y hasta de las conferencias de San Vicente de Paul.

—¿Quién es ese caballero anciano que usa mitones de estambre color de canela y capa azul?—preguntamos noches pasadas á un primer actor.

—Es un hermano del Santo Refugio, que viene aquí á distraerse.

—¿Y aquel otro de levita negra, con el bigote teñido?

—Es un coronel de la guardia civil, terror de bandidos y admirador de las glorias escénicas.

—¡Demontre! ¿Qué buena gente viene por aquí!

—¿Quién lo duda? Hoy á los teatros acude lo mejor de cada casa, y ya no tienen inconveniente en pisar el proscenio nuestros aristócratas.

En el Español hizo el papel de *Don Álvaro*, á beneficio de los pobres, un joven de indiscutible mérito, perteneciente á una de las familias más linajudas de España; y todos vimos que se puede ser título del reino y actor excelente.

El público aplaudió con justicia y los pobres salieron gananciosos.

Veán ustedes cómo el teatro sirve para algo más de lo que algunos se figuran y cómo no es centro de corrupción y escuela de malas costumbres—que dijo un predicador de mi pueblo, bastante borracho.

Si todos los aficionados fuesen como el Sr. Díaz de Mendoza, muy santo y muy bueno.

Pero ya se dice que quieren imitarle otras personas antiartísticas. Por de pronto, ayer estuvo á ver á Lara un oficial de Fomento, con la pretensión de hacer *Elgado gordiano* entre él y su señora.

—Nosotros trabajáremos de balde—le dijo,—y lo que se quite se lo enviaremos á un chico de nuestro país, que quiere hacerse diánta y carece de recursos.

—No puede ser—contestó Lara.

—¿No? Pues usted se lo pierde, porque pensábamos invitar á muchísimas personas de buena posición y siempre darían brillo al teatro. Por de pronto, vendría Jove y Hevia, que mal ha visto nacer, y puede que también viniera Gamazo, que es paisano de mi señora.

Aquí no se puede hacer nada nuevo sin que surja la emulación entre cierto número de personas. Ayer entró en nuestra redacción un sujeto picado de viruelas, y lo primero que hizo fué decirnos que él era un gran aficionado y que se acogía á la prensa para que le protegiese.

—¿Cuáles son las pretensiones de usted?—le preguntamos.

—Yo deseo trabajar en un coliseo para darme á conocer, y si sirvo, que me contraten, y si no sirvo, que me lo digan claramente.

—¿Pero ha trabajado usted ya?

—No, señor; yo no he podido trabajar, porque he estado consagrado á la asistencia de una tía segunda que estuvo diez y siete años en la cama, y al fin se consumió.

—¿De modo que usted ignora todavía si sirve ó no sirve para el teatro?

—Ya se ve que lo ignoro, y por eso me conviene probar.

Entonces yo le puse un cucurucho de papel y un delantal de la criada, á guisa de manto regio, y le dije que nos echase alguna relación, para que pudiéramos juzgarle privadamente, antes de hacer la recomendación por él solicitada.

Y el hombre se puso á declamar *El zapatero y el rey* y nos rompió tres cristales con la cabeza, en el colmo del entusiasmo, hasta que decidimos quitarle el cucurucho y el delantal y despedirle inmediatamente.

Al salir nos dijo:

—Mañana vendrá por la carta de recomendación para Banquels, porque á mí lo que más me tira es la zarzuela, y pueden ustedes decirle que si le gusto me señale un sueldo ó que me ponga casa.

—Vaya usted con Dios.

—¡Ah! Y si viene por aquí un chico peluquero, algo rubio, á pedir á ustedes una recomendación para Berges, no le hagan caso, porque es un envidioso, que también quiere salir á las tablas para hacerme la competencia.

—Descuide usted.

El hombre bajó las escaleras recitando las décimas del *Tenorio*, y nosotros quedamos pensando en que éste es el país de las imitaciones y en que no han de faltarles quebraderos de cabeza á los empresarios, en vista del buen éxito obtenido en el Español por el distinguido joven que nos ocupa.

LUIS TABOADA.

VOTO CON GUILLERMO

Tiene sin dadas el alemán imperio por jefe del Estado un hombre serio que, en todo y para todo, está buscando el modo de matar con la ley el gataperio.

No sé si su política va mal ni sé si el Canciller es liberal, á ignoro si en su tierra quieren vivir en paz ó en son de guerra; aunque supongo yo que sus maestros, con vida menos perra, no han de tener más hambre que los natatos.

En lo que yo me fundo para obsequiar con palmas á Guillermo Segundo, es en que, para paz de nobles almas que odian al férreo y sanguinario Marte, deja á un lado fusiles y cañones.

y protege las mejores ficciones.

que ama el poeta en la región del arte.

Y hace bien. ¿Qué es la vida en el teatro?

La fábrica de gloria de un momento,

donde van á comprarse más de cuatro

que no la han de ganar con su talento.

Y mientras la justicia se estremece

indignada en su asiento,

el ruido adulador en lo alto crece,

y el histrión que la gloria falsifica

sale por el laurel que no merece.

Y al público que paga martiriza

hallar menguada la acción del genio,

perdido el interés, roto el encanto,

al ver caras de risa en el proscenio

tras una situación que mueve al llanto.

Y Guillermo decreta:

«Hasta de *clac* y hasta de *saludar*

mientras la voz resuena del poeta.»

Y hasta de ovaciones *premeditadas*

que se pagan por muchos á *percha*.

De falsas glorias por así llamarlo,

es el arte en España un pobre enfermo

que ya pide un remedio soberano

parecido á la ley del gran Guillermo.

EDUARDO MUSTILLO.

LA TUMBA FRESCA

¿A falta de otros asuntos
y á fin de que ustedes vean
adónde llega el progreso
de las industrias modernas,
paso á copiar una carta
circular, ó lo que sea,
que me echaron ayer tarde
por debajo de la puerta.

«Señor don... Muy señor mío:
Como jefe de la empresa
recomendada, que tiene
por nombre *La tumba fresca*
(refundición de *La tumba
cursi* y *El esquím (terman)*),
tengo el gusto de ofrecerle
mis servicios y mi tienda.
No hay en Madrid funeraria
que á la mía se parezca.
Excepto lunes y martes
y las vísperas de fiesta,
el servicio es permanente
(menos los días que lluevan)
de ocho á diez de la mañana
y de cuatro á seis y media.
Tengo camas imperiales
muy cómodas; muy bien hechas,
con fuerte colchón de muelles
y timbre á la cabecera.
Tengo mortajas preciosas,
de damasco y de estameña,
con cintas de todas clases
y del color que se quiera,
según la ganadería
del difunto. Las hay serias,
de fraile de San Francisco,
de monja, á la cordobesa,
con polsón, con tricorno
y con una calavera
plantada encima del vientre
y en medio de lentejuelas
por un alumno del propio
Garcilaso de la Vega.
Hay dependientes muy listos
que á todo oficio se prestan,
desde llevar al enfermo
la pócima postrimera,
hasta dejarle enterrado
bajo una losa de piedra
con epitafio hecho á pluma

por un fúnebre poeta
que tengo oculto en mi casa.
Es más: dispone esta empresa
de empleados especiales
expertos en la materia
de consolar á las viudas
que en este mundo se quedan,
y lo hacen tan bien, que algunos
antes de un mes se consuelan.
Pase usted, pues, cuando guste
por la calle de Carretas,
ciento seis, y verá todos
los objetos de mi tienda,
que en lo tocante á coronas,
adornos y candilejas
y féretros *fin de siglo*,
sin disputa es la primera.
Ofrezco á usted, de igual modo,
un gran surtido en mantecas
y quesos de todas clases,
desde el manchego de Alpera
y el de bola de Bolonia,
hasta el *Grayer* de Valdecas
y el *Rogusfort* con anguillas;
porque yo me echo esta cuenta:
malo ha de ser que el sujeto
que por una caja venga
para meter el cadáver
de algún pariente ó parienta,
no lleve de paso un queso
de bola; y de igual manera,
malo ha de ser que las gentes
que compran queso y manteca
en este establecimiento,
temprano ó tarde, no tengan
qué comprarse sus mortajas
correspondientes... etcétera.
Conque ya está usted enterado
de lo que es *La tumba fresca*,
y espero me recomiende
á toda su parentela.
Tendrá un placer en servirles
éste que su mano besa,
Rosón Torocón Blondin
y *Ruiz de la Calavera*.
Teléfono mil quinientos.
(No equivocar esta tienda
con una zapatería
que hay á la mano derecha.)»

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZÓSTIGA.

CONGRIOLOGÍA

«¡Oh, el periodismo en Australia!» exclama *La Correspondencia*
de España, al participar á sus lectores que un periódico
de Melbourne ha ofrecido cincuenta mil reales próximamente al
novelista de moda en Inglaterra, Rudyard Kiplen y (muy señor
mío) por un artículo de dos columnas.

Y comenta *El Imparcial*:

«No sabemos por qué haya que envidiar al periodismo de
Melbourne.

¿Que allí pagan bien por escribir?

Pues aquí en España estamos mejor.

La mayor parte de la gente que escribe «ó cosa así» da dinero
encima.

No en vano es éste el país del sastrero Campillo.

Que cosa de balde y ponía el hilo.»

Boca d'angela!

Esos sastreros Campillo de la prensa son una variedad del con-
griológico literario y están pidiendo á gritos una congriología. Voy á
intentarla.

Por supuesto que el congriológico pagano no existe en Madrid.

¡Ojala existiese! La mejor manera de acabar con él sería preci-
samente esa: obligarle á saltar en la administración del periódico
el tanto por línea y hacerle pagar carísimo.

Porque al fin y á la postre, ¿qué es lo que busca ese congriológico?
La notoriedad por medio del reclamo, y en caso tal, el reclamo
consiste en un artículo con la firma del congriológico.

Donde otros anuncian, á peso de plata, los productos de un
establecimiento comercial, el congriológico literario anuncia sus pro-
ductos intelectuales, las flores que embalsaman el ambiente de
su magín.

Cuestión de forma. El fondo es el mismo, con la diferencia de
que, mientras el tendero anuncia pagando, el congriológico se anuncia
gratis.

Y aquí viene la parte característica del asunto, aquí entra-
mos en plena congriología.

Desde el momento en que esa clase de congriológicos penetra en el
periodismo por una puerta falsa, por la puerta gratis, hay que
suponer al congriológico poseedor de medios de subsistencia fuera
del oficio en el cual los buscamos nosotros, sabe Dios: á fuerza
de cuánto estudio, de cuánto trabajo y de cuántos sinsabores.

Y ésta es la causa de todos los males que produce á la pro-
fesión.

Personalmente declaro que ningún congriológico, gracias al cielo,
me ha cerrado el paso jamás ni me ha hecho torcer una línea de
mis propósitos ni de mi conducta.

La indignación que despiertan en mí esos intrusos de la pre-
nsa proviene del rebajamiento á que traen á la institución en que
periodistas y literatos dejamos lo mejor de nuestra existencia.

Nosotros, en nuestra modestísima esfera, amamos á la prensa
porque es el vehículo de nuestras ideas y el receptáculo de nues-
tros sentimientos.

Es nuestra arma de combate, nuestro instrumento: nos des-
ahogamos en ella, sintiendo y expresando con toda la intensi-
dad de que somos capaces y tratando de verter en ella nuestra
sangre, de templar en ella nuestros nervios.

Leemos, estudiamos, observamos, apercibidos para cual-
quier lucha, en continua ebullición cerebral, mal considerados,
peor retribuidos, traídos y llevados por los envidiosos y los im-
beciles, en este bendito país del periódico á perro chico, donde
todo es pequeño y nos engañamos los unos á los otros llamán-
donos grandes á boca llena.

Los congriológicos de que me ocupo están fuera de nuestra comu-
nidad; lo que es serio para nosotros es fútil para ellos; cuando
nosotros pensamos, ellos se divierten; nosotros estamos en el co-
legio, ellos en el jardín de recreación.

Para nosotros la prensa es la mujer propia, una histérica ter-
rible que nos araña y nos muerde con frecuencia, pero una de
cuyas caricias nos cura en el acto las heridas que nos hacen sus
uñas y sus dientes.

Comemos con ella el cocido diario, y procuramos hacerla fe-
cunda, prolífica, para que nos dé hijos que recuerden mañana
nuestro nombre.

Para ellos, para los congriológicos que escriben «ó cosa así», como
dice saladamente *El Imparcial*, la prensa es una amante que viste,
una horizontal de *haute marque*, mantenida por vanidad, como
se mantiene á una artista de gran fama, á la saltimbanqui de
moda ó la bailarina célebre.

Cuando ellos dicen: «Escribo en tal periódico», es como si di-
jesen: «Fulana es mi querida.» ¿Comer con ella los garbanzos
del día? ¡Shocking! La prensa va con ellos al Suizo ó á Lhardy, á
comer pasteles por la tarde, y acaba la noche en algún colmado
interlope, como Margarita Gautier ó Nana.

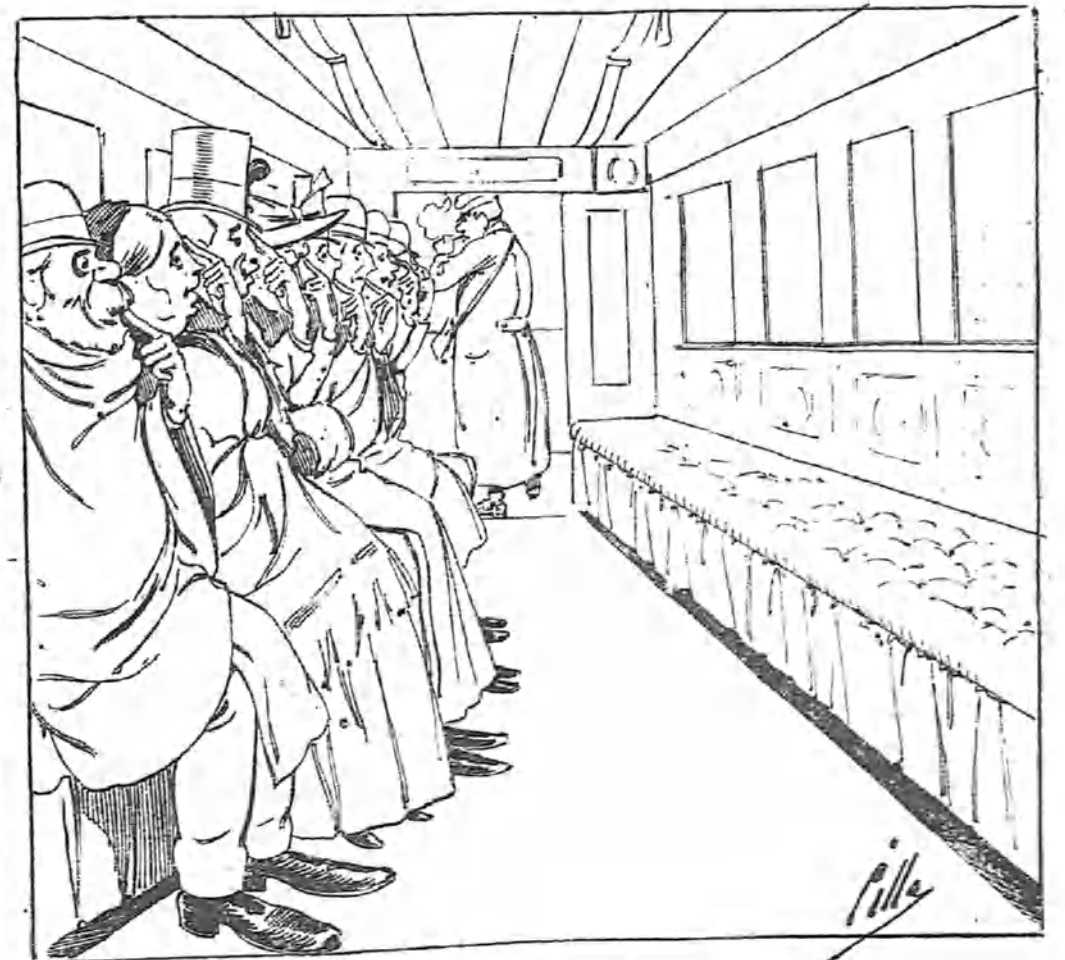
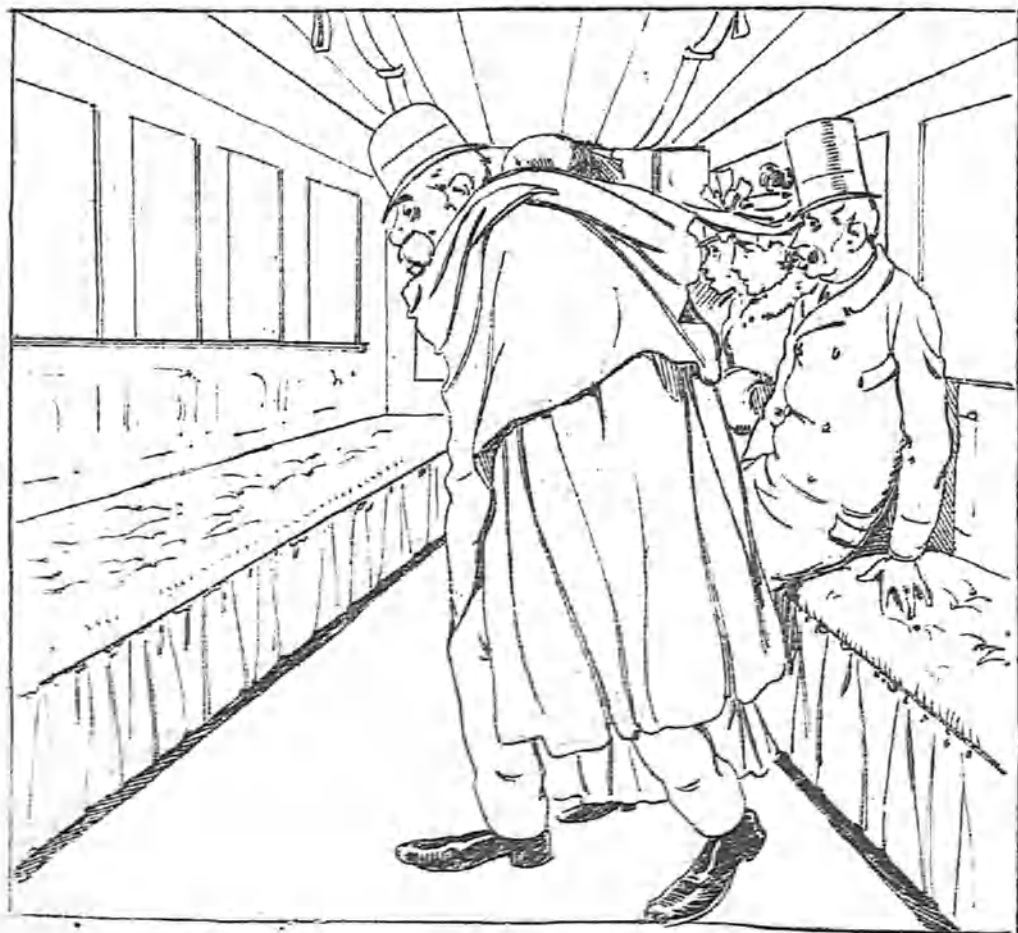
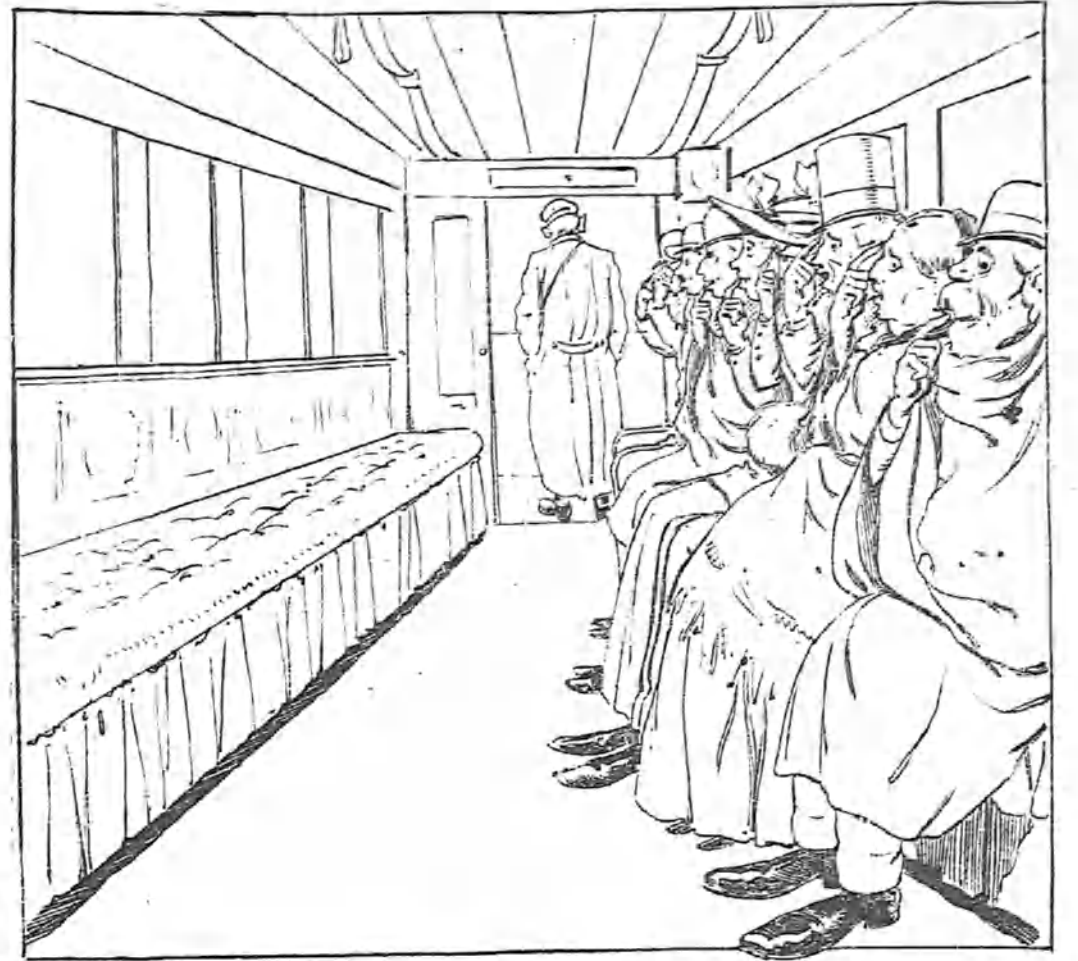
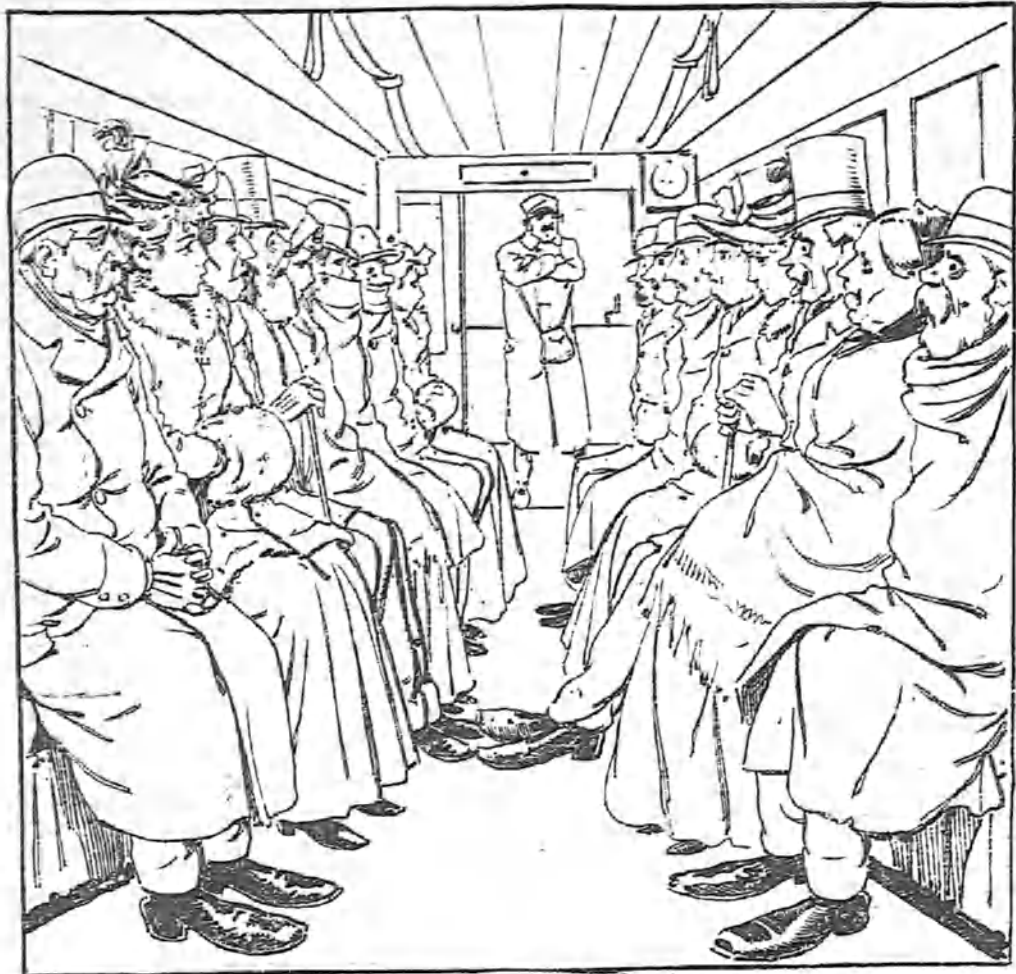
¿Tener con ella hijos? ¡Cualquier día! Eso es de burgueses ó
de aldeanos. Así dicen los incapaces de engendrar en la litera-
tura el feto más insignificante.

Y estamos condenados, los que trabajamos y sufrimos, á so-
portar el yugo de estos y otros congriológicos, á leer sus lugares co-
munes, á saborear su estilo, ese estilo que adquieren en cual-
quiera ropería literaria, como se compran en los bazares de trajes
hechos *completé* por cinco duros, á no descubrir jamás una idea,
ni una sola idea en el amasijo de menjergas literarias en que
entierran sus lucubraciones andróginas!

Estamos condenados á verlos meterse por todas partes, gra-
cias á lamentables condescendencias, y á que nos miren por en-
cima del hombro, esos maniqués de sastrero, llenos de colorete,
hediendo á pomada, que nos desprecian tal vez porque nosotros
olemos á varón.

Nos queda un consuelo, nos queda el consuelo de creer que
este oficio nuestro, este yunque brutal que nos machaca el cráneo
diariamente, debe ser algo grande, algo que purifica y ennoble-

UNA IDEA FELIZ



ce, algo que eleva considerablemente el nivel social, cuando los que brillan en otras carreras, ó viven en esferas diferentes al abrigo de la necesidad, se conceptúan ceros á la izquierda mientras no asaltan la casa donde vegetamos nosotros, los pobres.

Esto deba enorgullecernos y darnos valor para sufrir á los congresos. Son granos malignos que los directores de los periódicos deberían de extirpar con el termocauterio.

Pero ya que no lo hacen, confiemos en la naturaleza. Los directores de periódicos se equivocan muchas veces. La naturaleza no se equivoca nunca.

Ella expelerá de la prensa á los congresos, como expelen los dioses la materia. Para tener luego más salud...

Mas ¡cielos! ¿Qué veo? He hablado en serio de los congresos. ¡Horror! ¡Acabo de cometer una autocongruografía!..

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

—*—

PENSAMIENTILLOS

No me digas, mujer, que son excesos darte en lugar de un beso siempre dos. Por el sitio que queda entre dos besos, por allí pasa Dios.

A la medianoche, cuando te despiertes, piensa que yo pienso en lo que tú piensas.

La tristeza más grande de la vida es la que da la falta de comida.

No he visto cosa más grande que el corazón de Dolores: doce estuvimos á un tiempo, y cabían otros doce.

¿Qué es la dicha? Nada: una tontería. Aquellos dos besos que me dió María.

Para vivir sin penas, no distingáis de rubias ni morenas. La mujer, para el hombre es lo primero, lo que más le deleita y entretiene; pero se debe usar como el dinero: sólo hasta que se gasta se le tiene.

¡Qué bien está el cura de Villacbona! ¡Cuántos sobrinitos, y qué ama tan gorda!

Siempre que sale Isabel, va con la sombrilla enhiesta, no porque el sol la molesta; por no molestarlo á él.

No me pidas dinero ni aun por descuido. Eso se hace tan sólo con el marido.

Afirma la moral que está probado ser la dicha mayor el ser honrado. ¿Y en qué consistirá que las mujeres gozan tanto faltando á sus deberes?

¿Me quieres? ¡Te quiero! Cuatro palabritas, siempre iguales... siempre... ¡y tan nuevecitas!

¡Oh, qué horrible el dolor fuera y qué atroz nuestra desdicha si el dolor no se durmiera como se duerme la dicha!

Para vivir en calma, y morir más dichoso si se quiere, el hombre inventó el alma, para creer que aún vive, cuando muere.

Esperando á una mujer que ha dicho que va á venir, cuál es más dulce placer, el pensar lo que ha ser, ó el llegarlo á conseguir!

CONSTANTINO GIL.

RECETA

Adjunta te remito, buen Delgado, la siguiente receta que he encontrado en la Puerta del Sol hace dos noches, manchada por las ruedas de los coches.

«Para formar un crítico incipiente es necesario todo lo siguiente:

A un chico sin carrera cogerás y todo lo que sigue enseñarás. Cuando un autor estrene alguna obra, pregntale primero cuánto cobra. Si no tiene un botón, compárale con Lope ó Calderón; mas si le dan sus obras el sustento, lídale bruto, irracional, jumento, feo, tonto y pedestre.

Nota: es bueno que nombres el trimestre. Obra que se ha de hacer sólo una noche elógiala sin miedo á troche y moche; pero si llega luego á las doscientas, cambias de parecer y la revientas, y así pensarán todos satisfechos que tú eres el que paga los derechos. Con esto y no saber el castellano y no dejar á nadie hueso sano, meterte en un diario de pelea que tenga un director que no te lea, y que no te hagan caso y no importarte, puedes considerarte el crítico mejor que hay en la corte.

Nota: Si no te pagan, no te importe.

Todo esto, queridísimo Delgado, es lo que me he encontrado, y atónito me digo: ¿Estoy yo loco? ¿Será todo verdad ó desvarío? ¿Será todo calumnia ó me equivocó? Y para que me saques de este lío, como me lo he encontrado te lo envío.

FERNANDO MANZANO.

—*—

CASI NOVELA

I

El hermano de Diana, robusto, gallardo, enlazaba con sus brazos el talle de la bella Clicia; leíase en el rostro de Apolo la ansiosa codicia de amor y en el de su compañera el abandono y la voluptuosidad de una amante feliz. El grupo escultórico era una joya de las mejores en el arte de la plástica, y podía competir la figura del dios con las ejecutadas antiguamente en mármoles pentélicos por el cincel griego y aun con el famosísimo de Belvedere.

Raquítico y feúcho era Leopoldo, el autor de tal joya, pero en cambio, por esa eterna ley del contraste, su genio era grande, juvenil, inmortal, según lo atestiguan sus creaciones artísticas.

Berta, su mujer, habíase unido á Leopoldo, no por amor hacia el hombre, sino por atracción hacia el artista famoso. Suponía Berta, con excepcional criterio, que la juventud, la hermosura y las riquezas son cosas de las cuales no queda más que lo que resta de los armatostes negruzcos y roídos por la pólvora que antes sirvieron de andamiaje á vistosos castillos de fuegos de artificio. Ya comprenderéis que Berta poseía alma de artista.

II

Atraída por una fuerza superior de la que no podía explicarse la causa, permanecía horas y horas delante del grupo, siguiendo con ávida mirada á su esposo, que con los palillos de modelar iba ultimando su obra. ¿Y queréis creerlo? Berta sentía por el hijo de Júpiter una atracción simpática, inenarrable. Véale, no como en realidad era, una escultura en barro, sino como un ser animado de lujariante esplendidez. Miraba á Leopoldo y en aquellos momentos de alucinación tenía lástima. ¡Qué feo, qué ridículo se le antojaba, embutido en aquella blusa, que le cogía desde el cogote á los pies! Berta, tendida en el diván y con los ojos entornados, quedábase contemplando al dios de los poetas, y poco á poco, borracha de ilusiones, experimentaba hacia él más cariño y un no sé qué de respetuosa admiración: en cambio, Clicia le producía allá en el fondo del pecho un malestar insólito. Amaba con loco é imposible amor al hombre y tenía celos otelescos de la amante. ¿Por qué su boca entreabierta, en la que se dibujaba un beso, parecía murmurar frases de apasionamiento revelando la orgullosa complacencia de ser amada por un dios?... Desvanecida la pesadilla, Berta corría á sus habitaciones á ocultar su vergüenza. ¡Cristo padre! ¿Á qué extremo la empujaba su locura? ¿Y quería apartar su mente de aquel dios estatuario, encerrarse en la realidad; pero cuanto más quería

alejarse de la quimera, tanto más se acercaba á ella. Apolo aquel Apolo de barro la perseguía siempre, haciale palpar el corazón, encendía en ella apetitos nunca sentidos y despertábale el organismo con crueldades sacudidas. Amaratábase su rostro la oleada de sangre y un suspiro salía de los labios. Odio á muerte y celo de leona herida mezclábase en aquellos delirios. El odio de Berta alcanzaba también al artista, al creador, al que había enlazado los brazos del más hermoso de los dioses al talle de la aborrecible hija del Océano. En la lucha entablada con su conciencia prometíase la gran ilusa huir del taller; pero este sacrificio era superior á su voluntad. Volvía de nuevo, y siempre á la vista de Apolo, borracha de ilusiones, enamórase más y más de la estatua.

III

El día en que Leopoldo terminó su obra, acudieron á su taller multitud de amigos y admiradores. Todos encomiaron el gran valor artístico del grupo y el inusitado acierto con que lo había concluido el genial escultor. Berta compartía con éste su triunfo. Mostrábase por ello satisfecha, pero ¡creedme! siempre que alguno dirigía una alabanza á Celia ponderando su hermosura ó la amorosa expresión de su rostro, el enemigo de los celos mordisqueaba en su alma y la ira titilaba en sus ojos.

Se habían marchado todos. Se encontraba sola contemplando extática á Apolo... Miró con aire de desafío á Celia que, con su inanición, parecía burlarse de su rival... En un momento de celo terrible, Berta cogió del taller una de las mazas, encaramóse al pedestal sobre que descansaba el grupo, y airada, terrible, en los ojos chispazos de odio, como la diosa de la venganza, levantó la diestra en alto y descargó un fuerte mazazo sobre el rostro de Celia... Repercutió el golpe, escuchóse el caer de los fragmentos de barro en el pavimento y un suspiro tenue... Berta, angustiada, llorosa, caídos los brazos á lo largo del cuerpo, de pie delante de Apolo, parecía pedir á éste con los ojos perdón por la alevosía de haber profanado el rostro de su amante...

ALEJANDRO LARRUMERA.

EPIGRAMA

Cebrenos tiene fortuna con las casadas... perdidas, y lleva ya redencidas cuarenta ó cuarenta y una. En caso nadie le iguala, pues dicen sus compañeros que donde pone Cebrenos el ojo, pone la bala.

El dice que esos amores tienen más sal y pimienta; las mujeres de cuarenta le parecen las mejores. Y la esposa de Cebrenos tiene opiniones distintas: ¡se mata por los solteros que no hayan entrado en quintas!

SINERIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

Hemos recibido un ejemplar del graciosísimo opúsculo titulado NUEVA PRAGMÁTICA DEL TIEMPO, *frustreria literaria*, por el Bachiller Francisco de Orana.

Véase la clase:

- «XXIV. Y, finalmente, proclamamos autores de necedad palmaria y misioneros apostólicos de la indiscreción, por el orden del a, b, c:
 - «A. Al que, sin poderoso motivo, interrumpe á quien lee, canta ó toca un instrumento músico.
 - «B. Al que, estando reunidos menos de siete, habla quedo con alguno de ellos, sin pedir vesiga á los demás.
 - «C. A quien pregunta por su casa á las mujeres, salvo si está encargado de hacer el padrón vecinal, ó ha de recibirles declaración, ó necesita saberla para otro menester que no implique cosquilleo de vana curiosidad.
 - «D. Al que para llamar desde lejos á un amigo ó conocido, grita ¡eh!, ó le llama; pues cuánto mejor y más expedito y claro fuera llamarle por su nombre de pila, ó por su nombre y apellidos?
 - «E. A quien hablando en voz baja con un sujeto, de otro que está presente, muestra á este otro con la mano.
 - «F. Al que tomando latibee de cigarro ajeno, toca con los dedos la punta de éste.
 - «G. Al que pide tabaco á un amigo á presencia de otros que no están fumando, pues con su indiscreta petición le obliga, por buena crianza, á dar no ya uno, sino varios cigarros.
 - «H. A quien leyendo á una reunión al acabarse de leer ó de contar alguna cosa, pide al lector ó narrador que comience de nuevo la lectura ó el relato.
 - «I. Al que llama á puerta ajena dos veces seguidas, con intervalo menor de un minuto, que no parece sino que presume que han de estarle esperando con el brazo al brazo.
 - «J. Al que en casa extraña se balancea en la silla en que está sentado. Y si para ello se le ofrece confianza, sea pecado venialísimo; pero adviértase que en esta ocasión próxima de pecar más gravemente, porque quita malisimo maña, tarde ó nunca las perderá.
 - «L. Al que en casa ajena no deja las puertas y sillas tal como las encontró. Dejar las cosas como estaban es práctica fallana, pero buena.

- «M. Al que fumando cerca de una dama, le echa al rostro el humo.
- «N. Al que va á todas partes con su perro y le hace entrar en casa extraña, poniendo en revolución á los gatos, y á la familia en mal disimulado temor de inminente catástrofe calinaria.
- «O. Al que no sabe hablar sino parándose, como si hablara con los pies.
- «P. Al que no pueda hablar con otro sin empujarle y traquetearle, ó sin repasarle los botones, deshacerle el nudo de la corbata et sic de ceteris.
- «Q. A quien tratándolo por la aca de su mano izquierda se pega como lapa á la pared, para que los que caminan en dirección contraria y por la misma aca tengan que echar por la corriente.
- «R. Al que porfía demasiado para que se le acepte un obsequio; pues hay quien, de puro cortés, peca de impertinente, y por algo se dijo que tan malo es pasarse como no llegar.
- «S. A quien, á hurtadillas y por encima del hombro del que escribe ó lee, procura enterarse de lo que lee ó escribe.
- «T. Al que á deshoras anda por la calle escuchando de acá para allá, á través de las puertas y ventanas.
- «U. Al que cuando otro toma el sol ó se dedica á algún trabajo con luz artificial, se interpona haciéndole sombra. Y á estos nabarrones humanos téngaseles por presuntos hijos de clérigo, únicos que se clarean, según entiendo supersticiosamente el vulgo.
- «V. Al que murmura de una persona entre desconocidos, cualquiera de los cuales puede ser amigo, y aun hijo, de la víctima. Se han dado casos.
- «W. A los mayores de veinticinco años que cantan, taranean ó silban yendo por la calle.
- «X. Al que cuando no recuerda un nombre suspende su relato hasta que le viene á las mientes. Y si, además de esto, para traer el tal nombre á la memoria, hiciere crepitar los dedos, ó silbare, como si llamase á un perro, ¡malum signum! póngase al desmemoriado un observación, porque quizás andará más cerca de la locura que de la tontería.
- «Y. Al que cuando lleve gusto de pasar por debajo de las canales, para oír el chorro en el paraguas y mojarse por tela de cedazo.
- «Z. Al que cuenta más de una vez las vigas de un techo, ó se pasa arriba de diez segundos remedando con los dedos sobre mesas, platos, etc., el redoble del tambor, ó hace con los naipes un solitario más de tres veces, ó se ocupa con sospechosa frecuencia en acertar charadas y logogrifos. Y si, por añadidura, manda las soluciones á los periódicos, peor que peor. Y si ya no es que acierta esas quisquiosas, sino que también las fragua y saca de su cabeza, ¡el acabóse! Llámesele tonto á boca llena y á voz en cuello.»

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- K.—La obra en cuestión será mala, no vamos á reñir por eso, pero podía usted habérmelo dicho en prosa, porque ¡mire usted que los versitos esas!...
 - Lola.—«Pues que estaba como he dicho con tanta hambre ó más...»
 - «Ve usted! Habló usted del hambre y se comió de paso una sílaba. ¡Buen principio!
 - Sr. D. F. A. A.—Zaragoza.—El número pedido se remitió oportunamente, y en vista de su nueva reclamación, se volvió á enviar hace tres días. Supongo que se habrá cruzado con su última carta.
 - Sr. D. A. D.—Biluega.—La suscripción de usted, según nuestras anotaciones, venció en Marzo del 90 y no fué renovada. ¡Hay equivocación! Dígalo y se subsanará.
 - Sr. D. F. G.—Valencia.—Si señor, se le enviarán por el precio de los números ordinarios, con el objeto sacrosanto de que pueda usted completar las colecciones.
 - Maria.—«¿Que es muy hermoso tu hijo? ¿Que sin nombre se va á quedar? ¿Que es mío?... ¿Estás segura? ¡Mira que te puedes engañar!»
 - Si, pero en lo que no puede engañarse es en que estén bien medidos los versos. Porque á la vista salta.
 - Sr. D. A. N.—Madrid.—Se han hecho muchísimas cosas parecidas, y por consiguiente, el asunto no tiene novedad de ninguna clase.
 - Jesús, María y José.—Es inocente completamente.
 - Agua Dulce.—El caso es que no están mal hechos los versos, no señor; pero el final, que tiene en sí toda la sal y pimienta de la composición, resulta más fuercecito de lo que fuera menester.
 - Sr. D. T. C.—Madrid.—«Adiós prendá adorada niña de mi portenir tu hermosa vida robada y en mis brazos á morir.»
 - «No opina usted conmigo que es un mediano, y nos quedamos cortos? A. mano.—No está mal; el *adorno* es lo que está pasado de moda.
 - Palomares.—Hombre, no sabe usted leer, y usted perdona. Aquello está dicho así de propósito.
 - Sr. D. E. M.—Madrid.—«En los albores risueños de mi infancia hombre anhelaba ser hoy, triste por mi existencia resbalan los días pensando en el ayer.»
 - Fíjese usted en que si le sale un verso bien medido es una casualidad. Y no puede ser eso.
 - Cincoañón.—Resulta tan vulgar y tan pedestre que no puede decirse en un trimestre.
 - Carretero.—Muy bonita, para que los niños la canten en los torros del Prado.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 35.

ANUNCIOS



Preservativos del dengue:
«No comer nunca merengue
y a todas horas beber
cognac fino de Moquer.»
Avansays.—Carmen, 10.



Saldria en barca costera
aunque un triunfo me costara,
y feliz yo si pescara
un pantalón de Pesquera!
Magdalena, 20.

EL BEBÉ PARISIÉN



El reverendo arcipreste
nos dijo en la sacristía
que no hay bazar como este
Bazar de juguetería.
Barquillo, 5.



Las camisas de MARTÍNEZ
tienen un brillo especial
que atrae a las chicas guapas
sin poderlo remediar.
San Sebastián, 2.

CANTAR



La clase media y la baja,
le compran los calzoncillos
al señor Tirso Rodríguez,
Atocha, setenta y cinco (1).

(1) Y la aristocracia, (ai que decir tiene!

REFRÁN



«A la liebre ida, palos en la
cama.»
(Pero si la cama es del Bazar
de la plaza de la Cebada, nú-
mero 1, no se echará a perder
por muchos palos que la peguen.
[Digo yo!]



Desde la altiva sultana
hasta la que va al taller
a las seis de la mañana,
no hay en el mundo mujer
que no sea parroquiana
de la Per-
fumería Americana.
Espor y Mina, 28.



—¿Te jase rabiar la mujer?
Pues, hijo, bien tonto eres
si no vas a que la zaquen
en casa de TIRSO PÉREZ
Mayor, 73.



Garantiza por un año
composturas de relojes
y dora y platea BRANAS,
Plaza de Matute, 12.



—¿De dónde se surten todos
los aficionados a la fotografía,
que son ciento y la madre?
—De la tienda de IRICOYEN.
Esparteros, 3.



Cuando el partido anarquista
tenga bastones de GRAS,
no habrá remedio quizás,
ni tropa que le resista.
Alcalá, 40.



Soy la flor de los que pacan,
y si supieran usías
qué ricas chuletas hacen
conmigo en las TULLERÍAS!
Matute, 8.

EL MISMO DEMONIO



Camisas de hilo
por cinco pesetas...
¡Milite, morrongo,
no me comprometas!
Arriba y Abajo, Plaza de San Sebastián, 13.

REUMA

Se alivia a la primera usura,
sin necesidad de masaje, y se
cura con uno ó dos frascos de
Bálsamo de Orive. La recomen-
dación de paciente a paciente y
cartas laudatorias de médicos
de fama hicieron la propaganda
de tan superior calmante. Pe-
didlo en las farmacias de crédito.
Por mayor a su autor, Bil-
bao, y M. García, Madrid.
Capellanes, 1.

LA COMPAÑIA COLONIAL
HA OBTENIDO
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
SUCURSAL
MONTERA, 8, MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO